

se libertino. Una casualidad me hizo entrar, sin saberlo, en la gran Sinagoga de los judíos del barrio de Sancti-Spiritus. Se estaban cantando los Salmos en castellano, y se predicó en castellano. Todos los judíos de Francia y casi toda Europa, excepto Alemania, son españoles de origen, y muchos de naturaleza; porque yo los veía llegar á Bayona á circuncidarse; todos hablan español, hombres y mujeres; en español están sus Biblias, en español todos sus rezos, y tienen sobre esto tal etiqueta, que, habiéndose casado en Bayona un judío alemán que no entendía español, aunque el contrato matrimonial se le puso también en hebreo para que lo entendiera, se le leyó primero en castellano, y este fué el que firmó. Y aún conservan en todo las costumbres españolas, como también son los que principalmente comercian con España, por la cual todos han pasado. La causa de tanto empeño en conservar todo lo español, es porque dicen que los que vinieron á España, enviados por el Emperador Adriano, son de la tribu de Judá.

Entré yo puntualmente á la Sinagoga, á otro día de haber llegado, y era puntualmente la pascua de los ázimos y el cordero. El Rabino predicó probando, como siempre se hace en esa pascua, que el Mesías aún no había venido, porque lo detienen los pecados de Israel. En saliendo de la Sinagoga todos me rodearon para saber qué me había parecido del sermón. Ya me habían extrañado, porque yo llevaba cuello eclesiástico, y porque me quité el sombrero, cuando al contrario todos ellos lo tienen puesto en la Sinagoga, y los Rabinos que eran de oficio, un almaizal además sobre la cabeza. El mayor respeto en el Oriente es cubrirse la cabeza. Sólo en el cadí ó conmemoración de los difuntos, que entona siempre un huérfano, se suelen descubrir las cabezas en la Sinagoga. Y el modo que tienen para conocer si uno es judío, es preguntarle en hebreo ¿cómo te llamas? Yo deshice en un momento

todos los argumentos del Rabino predicador, y me desafiaron á una disputa pública. La admití, y como tenía en las uñas la demostración evangélica del Obispo Huet, me lucí tanto en la disputa, que me ofrecieron en matrimonio una jovencita bella y rica llamada Raquel, y en francés *Fineta*, porque todos usan de dos nombres, uno para entre ellos, y otro para el público; y aun me ofrecían costearme el viaje á Holanda, para casarme allí, si no quería hacerlo en Francia.

Rehusé, ya se supone, su oferta; pero quedé desde aquel día con tanto crédito entre ellos, que me llamaban *Jajá*, es decir, sabio; era el primer convidado para todas sus funciones; los Rabinos iban á consultar conmigo sus sermones, para que les corrigiese el castellano, y me hicieron un vestido nuevo. Cuando yo iba por curiosidad á Sinagoga, como otros españoles, los Rabinos me hacían tomar asiento en su tribuna ó púlpito. Y acabada por la noche la función, yo me quedaba solo con el Rabino que estaba de oficio, para verle estudiar lo que se había de leer á otro día. Sacaba entonces la ley de Moisés, que, cuando está el pueblo, se saca con gran ceremonia y acatamiento, inclinándose todos hacia ella. Está en rollos, y sin puntos, con solas las letras consonantes, y la estudiaba el Rabino, leyéndole yo en la Biblia con puntos. Y luego apagaba yo las velas de las lámparas, porque ellos no pueden hacerlo, ni encender fuego para hacer de comer ó calentarse los sábados. Se sirven para todo esto de criadas cristianas, y yo les decía por lo mismo que su religión no podía ser universal.

Como yo estaba todavía de buen aspecto, tampoco me faltaban pretendientas entre las jóvenes cristianas, que no tienen dificultad en explicarse; y cuando yo les respondía que era sacerdote, me decían que eso no obstaba si yo quería abandonar el oficio. La turba de sacerdotes que por el terror de la revolución, que los

obligaba á casarse, contrajeron matrimonio, les había quitado el escrúpulo. En Bayona y todo el departamento de los bajos Pirineos hasta Dax las mujeres son blancas y bonitas, especialmente las Vascas, pero nunca sentí más el influjo del clima que en comenzando á caminar para París, porque sensiblemente ví desde Montmarzan, á ocho ó diez leguas de Bayona, hasta París, hombres y mujeres morenos, y éstas feas. En general las francesas lo son, y están formadas sobre el tipo de las ranas. Malhechas, chatas, boconas y con los ojos rasgados. Hacia el Norte de la Francia ya son mejores.

Yo, para vivir en Bayona, recurrí á los clérigos emigrados á España que había favorecido en su traslación de Burgos á la Coruña. A contemplación del Gobierno francés salió orden en 1797 mandando salir de España para las islas Canarias y Baleares á los pobres sacerdotes franceses, y los de Burgos la tuvieron para este efecto de pasar á la Coruña. Yo dirigí á su nombre una súplica circular al clero burgalés, para ayudarlos á fin de hacer su viaje. Gustó tanto que el clero entusiasmado salió con bandejas por las calles á hacer una colecta, y se juntó muy bastante para transportar con decencia sesenta sacerdotes, que en obsequio mío vinieron á montar ante el convento de San Pablo donde yo estaba. Los infelices me enviaron á Bayona cuarenta francos, con que determiné al cabo de dos meses internarme en Francia. Lo que me faltaba era pasaporte; pero los judíos me hicieron advertir que en el que tenía de México para España, ésta estaba en abreviatura, y se seguía un blanquito al fin del renglón. Allí puse «y Francia»; y me embarqué en el río para Dax distante cuatro leguas.

De allí proseguí á pie para Burdeos distante más de treinta leguas, en compañía de dos soldados desertores de España, zapateros. Como todo el camino es un arenal, padecí infinito, y al cabo no hubiera podido

llegar á Burdeos por lo muy inflamado de mis pies, si no me hubiese embarcado en otro río. Mis zapateros comenzaron inmediatamente á trabajar, y ganaban dinero como tierra, mientras que yo, lleno de teología, moría de hambre y envidia. Entonces conocí cuán bien hicieran los padres en dar á sus hijos, aunque fuesen nobilísimos, algún oficio en su niñez, especialmente uno tan fácil y tan necesario en todo el mundo. Esto sería proveerlos de pan en todos los accidentes de la vida.

Yo había recibido una carta del Embajador de España en París, D. Nicolás Azara, y otra del botánico Zea, porque en medio de todos mis trabajos y miserias nunca me faltó la atención y correspondencia de los sabios de la Europa. En vista de estas cartas, el Cónsul español, que necesitaba al Embajador para que le aprobase sus cuentas, mandó al Secretario que me alojase. Este era un español que se empeñó en hacerme atea con la obra de Freret, como si un italiano no hubiese reducido á polvo sus sofismas. He observado que se leen con gusto los libros impíos, porque favorecen las pasiones, y no sólo no se leen sus impugnaciones, sino que se desprecian, porque el tono fanfarrón absoluto y satisfecho de los autores incrédulos pasa al espíritu de sus lectores. Y la verdad es que los tales fanfarrones son los ignorantes y los impostores. Hablan con la satisfacción que en su interior no tienen, para imponer; y si la tienen, es por su misma ignorancia. *Qui respicit ad pauca de facili pronuntiat.*

En cuando dicho Secretario supo que yo tenía dinero, fingió orden del Cónsul, y me hizo pagar veinte duros de alojamiento, que se embolsó. El dinero que yo tenía procedió de la generosidad de D. José Sarea, Conde de Gijón, natural de Quito, que allí desembarcó, y traía empleado todo su dinero en azúcar de la Habana, en la cual pensaba ganar mucho. Y en

efecto no la había entonces en Burdeos. Yo lo alboroté para ir á dar un paseo á París antes de entrar en España, y me llevó de intérprete. Tiraba el dinero como si estuviese en América, y yo, considerando que se había de ver en gran miseria en Europa, donde todos se conjuran para despojar al americano recién venido, le iba á la mano aun cuando quería gastar en mi obsequio. Él se enfadó de esto, y me abandonó casi luego que llegamos á París. Bien se arrepintió después, porque le sobrevinieron los trabajos que yo le había predicho. El comerciante de Burdeos de quien se había valido, en lugar de vender la azúcar luego, aguardó á que se llenara de ella la plaza, con la paz de Amiens, y luego, vendiéndola por nada, ó fingiendo venderla, se quedó con el dinero en pago de almaceñaje. Conoció al cabo el Conde mi hombría de bien y no he tenido después mejor amigo.

No quiero omitir que un francés al servicio de España, que se hizo mi amigo en Bayona, me recomendó desde Burdeos con eficacia á su hermano, que ocupaba una plaza de influjo en París, *porque, aunque sacerdote, le decía de mí, es hombre de bien.* Me enseñó esta cláusula, y me dijo que era necesario porque todos ellos eran unos libertinos. Después ví que era cláusula corriente en la recomendación de un sacerdote. Tanto habían declamado los incrédulos contra la religión y sus ministros como unos impostores, que llegaron á impresionar al pueblo, el cual salía á cazarlos en los bosques, á donde huían cuando la revolución, diciendo que iban á matar bestias negras.

Si el francés hubiera sabido que yo era religioso, no me hubiera recomendado, porque el sobrenombre de fraile me constituía incapaz. Entre católicos é incrédulos es un oprobio, ó por mejor decir, el compendio de todos los oprobios, y con decirle á uno que lo es, creen haber agotado las injurias. Equivale á hombre bajo, soez, malcriado, ocioso, pordiosero, ignorantísi-

mo, impostor, hipócrita, embustero, fanático, supersticioso, capaz de todas las vilezas é incapaz de honor y hombría de bien. Parece increíble, y es ciertísimo. Aun en los buques de los católicos es menester no decir uno que es fraile, porque si hay alguna borrasca le echan al agua como ha sucedido varias veces. Por eso los franceses en España los mataban sin remordimiento, dentro y fuera de los conventos. Por eso ya casi no existen en Europa. José Napoleón los había extinguido en España, y allá iban las Cortes. Donde existen, se les ve con el mayor vilipendio, y no se les da entrada en ninguna casa decente. Me sucedió en Madrid ir á visitar por paisana á la hija del mercader Terán, y, habiéndole pasado recado, me respondió que pusiese memorial. Lo peor es que el frilazgo imprime carácter indeleble. Nada se avanza con secularizarse, ser Obispo ni Papa. Siempre lo frailean desdeñosamente, y en Roma, para despreciar al Papa, ó alguna providencia suya, dicen hombres y mujeres: «Oh, è un frate».

---

## CAPITULO V

Desde que llegué á París hasta mi salida de allí.

Hago capítulo aparte de mi estancia en París, para contar en él muchas cosas dignas de saberse. Dije en el precedente que llegué á París con el Conde de Gijón, que luego me desamparó, y aunque el señor inquisidor Yéregui me envió de España un socorrito, el primero que recibí fué de D. Francisco Zea, que estaba figurando en Botánica y á quien había conocido en Madrid. Era uno de los doctores jóvenes de Cundinamarca (este es el antiguo nombre de Nueva Granada) que,

habiendo impreso un librito de los derechos del hombre, había puesto en prisión la Audiencia de Santa Fe de Bogotá. El abogado Nariño los defendió, haciendo ver que nada habían hecho sino copiar lo que enseñaban los autores clásicos españoles de uso corriente, que aún decían mucho más, y con cien de ellos fué probando cada proposición. Los oidores no tuvieron qué responder, pero, á uso de su despotismo en América, ó por mejor decir, de todos los tiranos del mundo, los enviaron á España con su abogado bajo partida de registro, encargando que cuantos menos llegasen vivos tanto mejor. Por fortuna cayó en España el asunto entre manos liberales y se rieron mucho con el escrito de Nariño, porque, en efecto, la doctrina del librito ó la declaración de los derechos del hombre, ya proclamada por los Estados Unidos en América, y después por la Asamblea Nacional de Francia, son, en sustancia, principios eternos muy bien reconocidos por los autores españoles antes de la invasión del despotismo, *que aborrece la luz porque obra mal*. Fueron, pues, puestos los doctores cundinamarqueses en libertad, y Zea pasó pensionado por nuestro gobierno á París, donde publicó las famosas descubiertas del célebre Mutis sobre las quinas de Santa Fe, y sucedió á Cabanilles en la dirección del Jardín Botánico de Madrid.

A poco de estar yo en París llegó Simón Rodríguez, un caraqueño que con el nombre de Samuel Robinson enseñaba en Bayona, cuando yo estaba, inglés, francés y español, como también enseñaba éste último un fraile trinitario descalzo llamado Gutiérrez, apóstata y libertino, que después fué autor de la Gacetilla española de Bayona y últimamente ajusticiado en Sevilla por orden de la Junta Central á causa de que iba á España de orden de Napoleón á intrigar con el sello privado de Fernando VII. Robinson se fué á vivir conmigo en París y me indujo á que pusiésemos escuela de lengua española, que estaba muy en boga.

La causa era la cesión que España acababa de hacer á Napoleón de la isla de Santo Domingo (cuyas tres partes las más ricas poseíamos) y la Louisiana, sin fijar sus términos, ni saber que decía un territorio tan grande como toda la Nueva España. Todo esto en cambio de la pequeñita Toscana para hacer rey de Etruria al Príncipe de Parma. Ya Godoy tenía desde antes ofrecida la Louisiana á Napoleón, sólo para captar su favor, sin acordarse ni él ni España que el rey, según las leyes de Indias, no puede enajenar la más mínima parte de América, y si cedía, la cesión es nula.

Esta cesión fué durante el pequeño intervalo de paz que tuvo Napoleón con Inglaterra, llamada la paz de Amiens, donde se firmó. Prosiguió luego la guerra; y Napoleón, antes que los ingleses se apoderaran de la Louisiana y de que España se la entregara á él, la vendió á los Estados Unidos en trece millones de pesos, ó *dollars*, aunque dicen que España la había cedido á él con pacto de retrovención. Lo cierto es que los anglo-americanos se han apoderado hasta de la Florida oriental, cuya capital es San Agustín, y han puesto su fuerte *Clayborne* á sesenta leguas de nuestras poblaciones de Texas. No tardarán mucho en hacerse dueños de las provincias internas del Oriente y llegar hasta México por razón natural, pues con el comercio, la industria y la libertad, el acogimiento de todos los extranjeros y las tierras que reparten á todas las familias que emigren de Europa y que ellos mismos conducen, han adoptado todos los medios de multiplicarse, y en cuarenta años han llegado á nueve millones, de dos y medio que eran cuando la insurrección. Nosotros al contrario, éramos cien millones cuando la conquista, y hoy apenas llegamos á nueve, contando con el reino de Guatemala, porque hemos adoptado todos los medios de impedir y disminuir la población. Tales son la dificultad de los matrimonios

por el exceso de los derechos curiales, por la división imaginaria de castas, por la extracción continua de hombres, bajo cualquier pretexto, para Filipinas, la Habana, Puerto Rico, para los buques del rey y para los presidios de las costas mortíferas, á más de la opresión general, la libertad del comercio, industria y agricultura, y la excomuni6n en que vivimos del género humano. Añádase la carnicería de la revoluci6n, en que no se da cuartel, y nos ha privado ya de un mill6n de hombres, y la guerra incesante, pérfida y cruel que se hace á las naciones n6madas y con quienes los norteamericanos viven en paz y tratan como hermanos. Su misma política privará á España de sus Américas, si no muda su sistema maquiavélico.

Por lo que toca á la escuela de lengua española que Robinson y yo determinamos poner en París, me trajo él á que tradujese, para acreditar nuestra aptitud, el romancito ó poema de la americana *Atala* de M. Chateaubriand, que está muy en celebridad, la cual haría él imprimir mediante las recomendaciones que traía. Yo la traduje, aunque casi literalmente, para que pudiese servir de texto á nuestros discípulos, y con no poco trabajo, por no haber en español un diccionario botánico, y estar lleno el poema de los nombres propios de muchas plantas exóticas de Canadá, etc., que era necesario castellanizar.

Se imprimió con el nombre de Robinson, porque éste es un sacrificio que exigen de los autores pobres los que costean la impresi6n de sus obras. Así el barcelonés Don Juan Pla es el autor de la gramática y diccionario de Cormon que costó la impresi6n, y no sabía español. Alvarez, que tampoco lo sabía bien, se dió por autor del Diccionario de Capmany, que reimprimió en París añadida la parte segunda, ó de español al francés, por algunos españoles residentes en París. Ródenas en Valencia hizo apuesta de traducir la *Atala* al castellano en tres días, y no hizo más que

reimprimir mi traducci6n, suprimiendo el prólogo en que Chateaubriand daba raz6n de dónde tomó los personajes de la escena; pero reimprimiendo hasta las notas que yo añadí. Y donde no puse nota, él puso un desatino, queriendo corregirme. Por ejemplo, nada anoté sobre la palabra *sabanas*, porque en toda la América septentrional está adoptada esta palabra indiana para significar un prado. Él, que no lo sabía, quiso enmendarme la plana, y puso *sábanas*. Tuvo empero la prudencia de no poner en la fachada sino las iniciales de su nombre, por si se descubría el robo. Este es de uso muy común en Europa. El inglés Walton me robó la historia de la revoluci6n de México en sus *Dissentions of Spanish America*. Cuando murió el abate Gándara, todos decían: ya murió el Cicer6n de Azara, porque de aquél era la vida de Cicer6n, traducida del inglés que no sabía Azara. Mil otras intrigas se hacen. La *Apologia Jesuitarum a Fr. Daniele Concina* es notoriamente obra de un jesuita veneciano. El ex-jesuita Zacarías añadió el suplemento á la obra de Natal Alejandro, callando su nombre, porque nadie le daría fe sobre las materias de gracia. Y es costumbre de los jesuitas callar por eso su profesi6n, como lo hizo Berant Bercastel, que dicen en Francia dió por historia eclesiástica los anales de su Compañía. Es tolerable hasta el siglo XII, en que ya comienza su rabia contra la Orden de Santo Domingo; en el siglo XVI sigue contra los Capuchinos, porque les disputaban la perfecci6n del instituto, y en los siglos XVII y XVIII ya cuenta con intrigas é imposturas. Esto he querido intercalar aquí para contrarrestar la inicua maniobra de las gentes que no reparan en robos y ficciones, porque siempre hay personas á quienes sorprender.

En cuanto á la *Atala*, el primero que vino á comprárnosla fué su mismo autor, y tuvimos muchos discípulos dentro y fuera de casa. En ésta por la noche á una hora enseñaba yo, y Robinson daba lecciones á

todas horas fuera, porque yo tenía que atender á mi parroquia.

Es el caso que yo, viendo que los delirios de los crédulos como Volney, se extendían á negar ó dudar la existencia de Jesucristo, escribí una disertación para demostrarla. Cayó en manos del Gran Vicario de París, y se me encargó la parroquia de Santo Tomás, *rue Filles de Saint Thomas*, que hoy ya no existe, y era la iglesia de las monjas Dominicas de ese nombre en el centro de París. Ya varios pueblos en mi viaje me habían ofrecido sus parroquias, porque había mucha escasez de sacerdotes; pero no admití sino la de París, donde estaba de asiento. Y cierto, no preví el trabajo que iba á cargar sobre mí, sin otra renta que las obla-ciones voluntarias de los fieles, muy suficientes para uno solo. Pero yo tenía que pagar cuatro eclesiásticos que me ayudasen, el sacristán, el suizo que con su for-nitura y alabarda impide cualquier escándalo ó trope-lía en la iglesia, los dos cantores que revestidos de capa pluvial dirigen los coros del pueblo, y el músico que, con un bajo en forma de serpentón, les dá los tonos, á más de todos los gastos necesarios al culto. Así nada me sobraba y el oficio por todas partes me ceñía, porque en Francia sería un escándalo ver un clérigo en un teatro, en el paseo público, especialmente los días festivos, y aun en un café.

Antes de la revolución había en París cincuenta parroquias (como en todo el reino cuarenta y cuatro mil) sin la inmensidad de Iglesias regulares que siempre ayudan mucho. Ahora sólo eran doce las parroquias, con algunas pocas seculares, y sin límites señalados, concurriendo indiferentemente los fieles á la que querían. Y como la mía estaba en el centro de París, era grande el concurso, principalmente por considerárse-me como extranjero, sin partido. El clero católico estaba en cisma, dividido en sacerdotes jurados y no jurados, republicanos y realistas, jansenistas y jesuitas,

ó constitucionales y refractarios, como aquellos llama-ban á éstos, ó como éstos se llamaban á sí mismos, católico-apostólico-romanos.

Yo pertenía á éstos por mi Iglesia; pero no pensaba enteramente como ellos. Admitía en mi Iglesia los fieles constitucionales, pues yo no creía excomulgados á sus ministros. Ni las excomuniones *ipso facto* valen en la Iglesia Galicana, ni alguna sin el pase de su Go-bierno, ni la constitución civil del clero contenía here-jía ninguna (antes había sido un esfuerzo para volver á la primitiva disciplina), ni su condenación había si-do sino en virtud de informe de la Sorbona, que en los últimos tiempos ya no valía nada, porque la per-secución molinista y especialmente la del hipócrita Tournelli había echado fuera los miembros verda-deramente sabios. Me constaba por otra parte que los constitucionales estaban en comunión con los Obispos más sabios de la Europa, de que algunos los habían defendido perfectamente, como el sabio Dominicano Benedicto Solari, Obispo de Noli, en su Apología con-tra el Cardenal Gerdil, y apoyándolos Universidades católicas célebres. Los constitucionales tenían la ma-yor parte de las parroquias; algunas nos habían ocu-pado los Teofilántropos, ó Deístas, apoyados con el brazo del Gobierno, por el Director de la República Revelliere Lepaux; y los Calvinistas, de que en toda la Francia habrá como dos millones, habían comprado la Iglesia del célebre Oratorio de Jesús.

En Francia, además del trabajo regular de la admi-nistración de los sacramento, hay que predicar todos los domingos, y dos veces si son de adviento ó cuaresma, lo mismo que en otras festividades. Los franceses pa-san en la Iglesia el domingo (que ellos miran como día muy sagrado, con razón, pues en su catecismo el tercer mandamiento de Dios no dice «santificarás las fiestas», sino los domingos); y por consiguiente todos los sacerdotes de cada parroquia y todo el clero ocu-

pan el presbiterio revestidos de sobrepelliz, aunque solo el cura lleva estola. El pueblo se hace un deber de asistir á la misa mayor ó parroquial, lo mismo que á las vísperas. Hombres, mujeres y niños llevan su librito para los oficios divinos en latín y á su lado la traducción en francés, y todos cantan paseándose por en medio de la Iglesia, los dos cantores revestidos de capa pluvial y con un cetro en las manos para dirigir los coros, y el pueblo se inclina cuando ellos se inclinan, etc. Hombres y mujeres están sentados en sillas, ó sillitas que pagan á sueldo excepto alguna gente pobretona que se agrupa á donde puede.

Comienzan por cantar la tercia, entonando los sacerdotes la antifona. Luego la misa, que siempre es con ministros, y después de ella la hora de sexta. Cantado el Evangelio, el cura sube al púlpito, lee el Evangelio en Francés, que todo el mundo oye en pie, como cuando se canta en latín, y luego lo explica durante un cuarto de hora, ó algo más. Esto no se llama sermón sino *prone*. Los sermones que leemos son por la tarde, después de vísperas, y por eso están con texto libre. El cura después exhorta á orar por el Papa, por el Obispo diocesano, por el Gobierno, por el que ofrece el pan bendito, caminantes, enfermos, navegantes, y reza el Salmo *laudate Dominum omnes gentes*, á que el pueblo responde. Luego exhorta á orar por los difuntos y reza el Salmo *de profundis*. De ahí anuncia los días de fiesta ó de ayuno. Este es un resto de los antiguos dípticos de la Iglesia. Cuando nos suelen decir los europeos que predicar de memoria es arrogancia española, se atribuyen lo que es común en toda la Europa. Solo los protestantes en Inglaterra tienen delante su sermón, y leen á hurtadillas. Se dice también que los franceses predicán sentados. Deberían decir apoyados sobre una especie de medio banquillo, es decir, medio sentados y medio parados, excepto en algún pasaje patético en que se ponen ente-

ramente en pie, como lo están en el exordio; y en éste tampoco se cubren, sino después de dicha la Ave María hacen tres cortesías, una hacia enfrente, y las dos á cada lado. Su bonete no es como el nuestro, sino como un pan de azúcar, teniendo una borla en la punta. Esta es blanca en los doctores de la Sorbona, que predicán siempre y salen á decir misa con ella.

Al ofertorio de la misa ofrece alguna persona respetable, hombre ó mujer, avisada de antemano para esto, el pan bendito. Esta es una representación de las antiguas oblacones de los fieles, y es una gran torta de pan con huevo, que pone el sacristán vestido de sobrelliz, sobre su cabeza, en una bandeja, con su mantel al rededor y cuatro velas de cera encendidas precediendo quien lo ofrece, con una vela encendida en la mano. Sube al altar, entrega la vela al sacerdote, y éste le da á besar el reverso de la patena, que es como platito, y tiene por fuera en el asiento, una estampita de Cristo en la cena. Se coloca la persona oferente en el presbiterio á un lado del altar, y el pan se lleva á la Sacristía para dividirse en tajaditas que se han de repartir á la hora de la comunión.

Después de ésto y regularmente después de alzar se hace la colecta para los pobres según ordena San Pablo, aunque ahora se hacía para los gastos del culto. En los días más solemnes la hace el cura ú otro sacerdote; pero lo regular es que el sacristán entregue la bolsa, que es de seda y oro, á alguna señorita. Esta levanta el brazo y se lo toma algún caballero, según costumbre de Francia é Inglaterra, donde las señoras siempre van del brazo y precedida del suizo, que ante cada persona golpea su alabarda, presenta su bolsa y recibida la limosna hace una cortesía. Da el que quiere lo que quiere; pero regularmente dan todos, y suelen juntarse miles de pesetas. Cuando la restitución pública de la religión en Francia siendo Cónsul Bonaparte, hicieron la colecta las hijas de los cónsules, y

aunque anduvieron poco trecho en la Catedral, juntaron dos mil luses de oro. Cada luis vale cuatro duros y algo más de medio.

El pueblo nunca se arrodilla sino al *incarnatus*, costumbre introducida por San Luis Rey de Francia en la Iglesia, aunque antiguamente sólo era al *homo factus est*. Tampoco se arrodillan sino al *homo factus est* los Dominicos cuyo rito es el galicano según se usaba cuando se fundaron en Tolosa de Francia; y en Santiago en París se guardaba un gran libro del rito dominicano arreglado en tiempo de Santo Tomás y asistiendo él. La gente le llamaba rito griego, y es verdad que los Apóstoles de Francia fueron griegos, y el día de San Dionisio, primer Obispo de París, se dice la misa en griego. Pero lo cierto es que el rito galicano antiguo, lo mismo que el Mozárabe de España introducido por sus hombres apostólicos, era el primitivo de la Iglesia romana, que es la que ha variado muchísimo el suyo, y se empeñó en destruir el galicano desde el tiempo de Carlo Magno, y después el Mozárabe de España, que sólo se usa en una Capilla de Toledo por orden del Cardenal Cisneros. Todos estos ritos son más devotos que el actual romano.

Los franceses como los Dominicos, al alzar la hostia, se arrojan de un golpe en postración, cantando las dos últimas estrofas del himno de Laudes de Corpus, *oh salutaris hostia*: y este espectáculo es tan hermoso, que la primera vez que le vió el Lord Bolimbroc, dijo que si él fuera rey, á ningún otro le permitiría hacer esta ceremonia. Prosiguen postrados así hasta el *Pater noster*. Los italianos en Roma no se hincan sino en el momento de alzar. Tampoco los cristianos antiguamente se hincaban en los domingos, ni entre pascua y pascua. Siempre hay gente en Francia que comulgue en la misa mayor.

Acabada la comunión los católicos reparten en unos canastillos el pan bendito, de que cada uno toma una

tajadita, se signa con ella, y se la come. Estas son las eulogias que se usan en la Iglesia griega, en señal de caridad y fraternidad, y memoria de que antiguamente todos los fieles comulgaban. También se hace esto en España entre los Maragatos. Y hay muchos de los usos de la Iglesia de Francia en toda la Corona de Aragón que dominó la Francia. Responden todos en la misa, se hacen oblacones al ofertorio, y los canónigos se visten de morado como los de Francia. En esta después de la misa canta la sexta el pueblo y se retira. Pero come temprano los domingos para venir á las vísperas á tres ó cuatro de la tarde.

Cantan entonces Nona, Vísperas, Completas y el Salut que llaman, y es el Oficio del Santísimo Sacramento compendiano, como lo tienen los dominicos en sus Horitas, y está patente durante este Oficio. Acabado se les da con él la bendición, como también con el copón en la última misa, que siempre es antes de medio día, porque en tocando este, ya no se puede en Francia decir misa, aunque en Madrid hay misa de una, y ninguna devoción en ella. Después del *Salut* sigue el sermón en los días que lo hay y ya tengo dicho, con el cual se sale de la Iglesia á las ocho de la noche. En semana santa, el pueblo asiste y canta en todos los oficios y horas canónicas. En los días en que la misa termina con *Benedicamus Domino*, que es decir, que no se despide al pueblo porque es día de orar, vuelve el pueblo á la Iglesia á las cinco ó seis de la tarde para la oración. El cura le expone el Evangelio, y dice una porción de oraciones. Regularmente son mujeres piadosas las que asisten á esto, y tienen para la Iglesia una especie de gorros negros que no solo cubren la cabeza sino también una parte de la cara.

Pero la función más grave y tierna de las Iglesias de Francia es la de la primera comunión de los niños cuya instrucción en la religión no se fía, como por acá, á cualquiera, sino que se hace de ella la impor-

tancia que merece. A la septuagésima los padres y madres presentan á la Iglesia sus niños y niñas con uso de razón. Ella registra sus nombres, y ellos vienen á tarde y mañana á la Iglesia á dar la lección que se les señala en el catecismo, y oír su explicación. El cura para darla, está revestido con sobrepelliz y estola, é igualmente vestidos los sacerdotes, diáconos ó clérigos menores que le ayudan si los niños son muchos. Están repartidos por las capillas, aparte los niños y aparte las niñas con sus catequistas conforme á la clase de su aprovechamiento y van subiendo hasta la capilla del cura que á nadie fía jamás esta función. La de cada día se termina con un himno muy armonioso que cantan. El cura decide de su instrucción, y entonces se les enseña el rezo de las vísperas en latín, de las horas y de la misa de su diócesi, porque cada una en Francia tiene su Breviario, Misal, Ritual y catecismo propios aprobados por su Obispo, aunque Bonaparte se empeñó en uniformarlos en cuanto al catecismo, en que se mandaba obedecerle como al César del Evangelio.

Cuando ya están debidamente instruídos, el cura señala el día de la primera comunión, y los sigue instruyendo en el modo de confesarse bien. El mismo los confiesa á todos y la víspera de la primera comunión reciben la que llaman seca de hostias sin consagrar para que estén diestros en recibir las consagradas. El concurso es inmenso el día de la comunión, y no faltan los padres y las madres. Las niñas se presentan todas vestidas de blanco, cubiertas las cabezas con sus sombreritos y velos, y ocupan sus sillitas en orden, á un lado del coro, que está en el presbiterio, no de cara al altar sino á la parte opuesta del coro. Los niños ocupan ésta en sus sillitas vestidas con modestia, y con sus pelitos sueltos, teniendo unos y otros en sus manos una vela de cera de á libra, con su gran rosa de cinta. El cura hace una instrucción sobre los

votos y obligaciones de la profesión cristiana, y los niños con mucha devoción renuevan los votos del bautismo. Luego en el ofertorio de la misa, ellos presentan el pan bendito y su vela, y á su tiempo con bellísimo orden van subiendo al altar á recibir la comunión; y como el altar tiene muchas gradas, las niñas llevan unas caudas largas que quedan tendidas sobre aquellas, y ellas bajan muy despacito, con los ojitos bajos y las manitas juntas ante el pecho; es un espectáculo devotísimo. Al *ite missa est*, el cura volviéndose al pueblo, dirige su exhortación á los padres y madres, entregándoles, dice, sus hijos ya instruídos en la religión como un depósito precioso que la Iglesia les confía, y de que Dios les pedirá cuenta, si no procuran cultivar aquellas tiernas plantas de Jesucristo, conforme á la doctrina en que se les había instruído, y no los traen á los oficios é instrucciones de la Iglesia, etc.

A la tarde los niños y niñas colocados en el mismo orden en la Iglesia, teniendo en medio al Santísimo Sacramento en un altar, cantan las vísperas, las completas, el *salut*, con sus velas encendidas en las manos etc. Esto todo es una de las funciones más tiernas y patéticas que he visto en mi vida, y que embeleza con razón á todos los extranjeros, en cuyas iglesias se ve esto con tanto descuido é indiferencia.

Si el cura á la aurora de la razón de los fieles de su parroquia se encarga tanto de ellos, no es menos el cuidado que tiene en su muerte. El cura administra los Sacramentos á los enfermos, haciéndoles una breve plática fervorosa, que nunca se omite antes de darles el viático. Y desde entonces se encarga de él hasta que entrega su oveja en las manos de su Criador que también á su pastor ha de pedir cuenta de ella. Ya en muchas diócesis se administra el Santo Oleo como en la antigua Iglesia antes de la Eucaristía como debe ser, pues éste es el más puro de los Sacramentos, y